

## la argentina: ¿una sociedad en desintegración?

ALEJANDRO LOSADA, S. J. •

**J**UAN JOSÉ SEBRELI pertenece a la generación que le ha tocado integrar de manera activa una sociedad en desintegración. Esos jóvenes que nacieron en la década del 30, tienen dificultad de participar en una estructura cuyo grito es el conflicto y el choque de distintas tendencias. Y, sin embargo, deben hacerlo, a menos que renuncien a vivir. Estos extraños del mundo que los rodea, sufriendo las consecuencias de un desorden que no han tenido parte en construir, rechazando la herencia y la responsabilidad del patrimonio que les dejaron los mayores, sabiendo la caducidad de aquellas fórmulas e intentos en que creyeron sus padres, toman el único camino que les parece viable: repensar el presente y el pasado desde ellos mismos buscando una salida a la desorientación que los rodea.

"Buenos Aires, Vida Cotidiana y Alienación", publicado en el año 1964 por la Editorial Plus Ultra, en su colección Siglo Veinte, es uno de estos intentos. Y a juzgar por la amplia difusión que encontró precisamente entre la juventud universitaria y la gente inquieta de futuro, no de los menos importantes. Se propone una descripción crítica de la vida cotidiana de las clases de Buenos Aires, para descubrir su situación alienada en el trabajo, la diversión o el amor. Será un

buceador de las costumbres en las fuentes que se lo puedan entregar: la monografía, el periodismo, los relatos novelísticos, radiales o cinematográficos, la observación social, la ecología o el "habitat" que expresa al que lo plasmó y al mismo tiempo lo sella con su impronta. Será la pregunta por lo "típico" de cada uno de los grupos que se presentarán en una singular galería: los burgueses, la clase media, los marginados o el "lumpen" y la clase obrera.

Porque el tratamiento de este aparecer "típico", "acostumbrándonos a tratar con seriedad estas futilidades tan despreciadas" nos da la clave del método que guiará las reflexiones de Sebrelí. "Si pensamos que la apariencia de las cosas no oculta su verdad... sino que la revela, entonces lo "superficial" resulta sociológicamente tan significativo como lo "profundo" y puede revelar la realidad... (p. 18). Conciente de que las formas capitalistas de producción determinan la alienación del hombre en sus relaciones, tratará de captar este terrible "perdersé a sí mismo en las cosas" del ser humano en los aspectos "típicos... superficiales y pintorescos" de la realidad. Para seguir al autor en sus reflexiones, consideremos la descripción de la vida cotidiana de las clases, luego su método crítico, las conclusiones a que llega, hasta dónde capta la alienación del hombre en el mundo argentino —problema central de nuestro tiempo, y de todos los tiempos— y el significado de su preguntar en un país que todavía no se ha encontrado a sí mismo.

### La VIDA COTIDIANA

Las cuatro partes de la obra introducen al lector en cada una de las clases por su modo de habitar. "En esas moles de piedra que levantaron las diversas épocas... ha quedado congelado el movimiento de la vida... Es necesario aprender a leer en sus paredes patinadas por el tiempo" (p. 17). Y en este intento, que quizás sea lo mejor logrado de su



obra, nos entrega su lectura. Escuchamos allí vivir esta extraña gran ciudad hoy tan despersonalizada. Resuena la frase de la nueva oligarquía de fines de siglo: "me mudo al Norte", y abandona el rosista San Telmo por la Avenida Alvear. Vemos trabajar a Sargent y Christophersen en el rococó neoclásico de molduras, balcones y balaustradas para finalmente sufrir la decadencia del gusto y del tiempo y ser abandonadas por los departamentos de Belgrano, o el barrio el Retiro, la Recoleta o la parroquia de San Nicolás de Bari. La clase media ocupará una franja intermedia entre el Norte y el Sur. Surgen, imitando a la burguesía, "los frentes fastuosos y trasfondos tristes y sombríos". Se tienta la inversión en inmuebles del Oeste: Devoto, Villa del Parque, esas "casas iguales, con los mismos enanitos en el jardín...". Hace nacer el "lumpen" en la orilla sudoeste, actual Parque Patricios, "zona de almacenes, bailongos, garitos de juego, reñideros de gallo...". Mostrará el amontonamiento de prostíbulos que se continuará extendiendo hasta la década del 30. Hasta llegar a su geografía actual en la calle Talcahuano, el laberinto de Corrientes al 1200 o la zona de Retiro y Constitución. La descripción obrera es más floja: los conventillos descritos por Wilde y las villas miseria del cinturón sudoeste de la ciudad.

Luego de estos primeros cuadros, sondeará las circunstancias, modas, lugares de reunión y giros idiomáticos de los habitantes. Hay un buen aprovechamiento del material de una literatura de segunda mano, el radioteatro, la revista y el cine. Desfilarán Arlt, Mallea, Fray Mocho, Cambaceres, Borges, Carriego, Verbitsky. Desde el nacimiento del tango "que se bailaba con hombres solos" veremos casi un siglo de gustos, canciones, actrices populares, y búsqueda de lo anecdótico. "Los muchachos de antes no usaban gomina". Los "petiteros" del Petit Café, los sacos cortos y los pantalones estrechos de la década del 50, los pantalones Oxford del 60 o los bares y libre-

rías de Viamonte donde se reúne la gente de Filosofía y Letras. Sondea los restaurantes tradicionales de la vieja burguesía como el London Grill, los "nights clubs" de moda o las hosterías de fin de semana de Tortuguitas y Escobar. Es un buen observador. Desfilan el descuido con que se arregla Victoria Ocampo, la distinción económica entre la antigua y nueva burguesía que no consiste en la "cantidad sino en la calidad del dinero" por la despreocupación con que aparentan administrarlo los primeros, la ignorancia de la realidad de la clase media para quienes "no existe la C.A.D.E. ni la Standard Oil ni la Shell, ni el Departamento de Estado ni el Pentágono, sino simplemente ambiciones personales...". Una nueva clase de proletarios que "vive fascinada por el nylon y la motoneta, que baila el rock y el twist más que el tango...".

Quizás gran parte del éxito de Sebrelli, es que no estamos acostumbrados a escuchar las familiares y anheladas resonancias de alguien que nos hable de nosotros mismos. Toma una voz de relator anónimo, que incita a esperar un nuevo espejo donde nos sorprenda otro detalle que no habíamos reparado. No ha desaprovechado el contacto de ese otro gran pintor que era Martínez Estrada. Se puede diferir de sus apreciaciones. ¿No es inevitable en los miles de detalles de la vida real? Es evidente que ha tratado con maestría las fuentes de la formación de Buenos Aires en los últimos años del siglo pasado, y las décadas del 20 al 40. No parece contar con fuentes directas para la sociedad real que lo rodeó los últimos 15 años: no hay cita de documentos, deja de lado la televisión tan reveladora por las aficiones de los teleescuchas y no parece que haya aprovechado el contacto directo. ¿Podemos hablar hoy de una burguesía ganadera, que no hace nada y "no conoce lo que es trabajo"; y de una industrial que no sabe de preocupaciones porque deja la administración en manos intermediarias, que viven "la tensión de la existencia como pura negatividad, como destrucción de



tiempo y riqueza para nada, tal como se da en el éxtasis de la fiesta, en el derroche del juego y del lujo, la exaltación del instante puro, la afirmación del presente inmediato"? Si se hubiera acercado a ellos hubiera quizás descubierto que no es menor la lucha y las preocupaciones de la vida que en las clases trabajadoras. Se puede tomar como pauta para analizar las clases medias contemporáneas a un excelente autor como Wright Mills y a Kinsey para sus anomalías sexuales, cuando están tratando con una sociedad creada casi 100 años antes, y en una tónica de seguridad, sin temores ni frustraciones como la norteamericana? ¿Es posible ignorar hoy el fenómeno obrero de la participación en la vida política, de la importancia del sindicalismo con dirigentes técnicos, de la presión simultáneamente revolucionaria y dentro de la ley con el apoyo de hombres capacitados que evidencia el Plan de Lucha? ¿Se puede olvidar los grupos de presión: la Sociedad Rural, la Unión Industrial, el Ejército, la Iglesia, la Universidad, los Partidos? Quizás este descuido de lo que lo rodeó estos últimos mejores 15 años de su vida (tiene 36), nos lo haga aparecer más como un hombre de gabinete que supo hacer el pasado, que el intelectual reflexivo que trate de descifrar el presente. Pero es innegable que será un aporte del que no se podrá prescindir para el conocimiento de nosotros mismos.

## EL METODO

El principio fundamental que lo conducirá a Sebrelí en sus reflexiones, es el mismo que enunció aquel gran revolucionario de las ciencias del espíritu, que quiso huir de las abstracciones que lo apartaban de la realidad, pero no abandonar el intento de descubrir lo trascendente y esencial en lo real. Husserl tenía la convicción de que "las apariencias es la transparencia del ser". Y partiendo de la descripción del aparecer, trataba

de captar la esencia de sí mismo y de las cosas. Es el método fenomenológico.

El esfuerzo de este maestro que transformó el pensamiento de nuestro siglo, fue de purificación del instrumental. ¿Cómo proceder para no atribuir una apariencia de este hombre que soy yo —rubio, alto, angustiado por traumas de mi infancia, con ansias provocadas por la influencia religiosa, etc.— a todo hombre? ¿Cómo hacer para que las apariencias de las cosas no me engañen y oculten las esencias? En pocas palabras, aunque de manera incompleta, fue el método de la negación. Se trata de ir negando circunstancias para ver si todavía se puede dar la misma realidad: si el hombre no es rubio, si no es occidental, si no sabe esquiar, sigue siendo hombre? Así se procede por círculos concéntricos hasta aislar el fenómeno en su esencia.

Sebrelí aceptó conocer las clases sociales que nos componen por el método fenomenológico: desde las circunstancias, el habitat y lo "típico" llegar a la "verdad, a lo profundo" de las clases (p. 18-19). Pero no respetó el método que lo podría salvar del subjetivismo, y de atribuir a las clases sociales manifestaciones paranoicas o patológicas de algunos de sus componentes. Porque lo típico puede tener dos significados. Puede ser aquello curioso que resalta, lo extravagante. O puede ser lo normal, lo inconciente, el actuar diario. El vestido gaucho, y las danzas folklóricas son cosas típicas pero no llamativas para el grupo en que se dieron como modo habitual. Recién esa indumentaria fue llamativa cuando había desaparecido como modo de vestir diario. Y nos reímos cuando los extranjeros nos figuran en sus lejanas imaginaciones pasear por Florida vestidos de gaucho. Precisamente es el peligro de Sebrelí: constatar algunas rarezas en personajes de las clases, extravagancias para los mismos que las constituyen y más todavía para los que las contemplan desde fuera. Y juzgar por ellas toda la clase social.



El método tiene algo de verdad. Los casos patológicos de las clases medias no son los mismos que los de la alta burguesía o del lumpen. Es una ley psíquica que todo modo de vida tiene en sí —por ser algo humano— peligro de frustración. Dedicarse a la política puede ser expresión de narcisismo y no dedicarse puede reflejar una esquizofrenia. Pero ¿por qué hay algunos casos de políticos narcisistas y de algunos indiferentes esquizoides, pues justamente cada estado tiene en sí una especial proclividad patológica, podré concluir que los políticos están motivados en sus discursos y programas por peligrosos narcisismos y los indiferentes por inhibentes esquizofrenias? Adoptar el principio fenomenológico y no respetar su método es arriesgarse a llegar a cualquier conclusión, acertadísima o absurda. Pasear por una avenida de plátanos en otoño y concluir que todas las hojas del mundo son amarillas o regocijadas de tornasol, afirmar que todos los rusos son astronautas por que leí una hazaña o constatar que todos los americanos son inseguros y obsesivos, porque descubra que uno "masca chiclets" por esa pulsión. Las tendencias patológicas o "típicas" porque son patológicas, anormales, llamativas y no cotidianas, oscuras, desapercibidas, inconcientes, no es un camino para descubrir la vida cotidiana de las clases. Es verdad que Sebrelí dará repentinos saltos líricos e intuirá acertados trozos de realidad alienada que nos dejará sorprendidos: la raíz económica del "habitat" de cada una de las clases según sus actividades productivas y sus ideales, la realidad de una clase media agobiada entre tensiones extremas de las otras dos clases, el "lumpen" como desarraigado y chivo emisario de los reaccionarios y de los revolucionarios, etc. Pero ¿no habrá dejado filtrar la verdadera alienación, la de la mayoría del pueblo argentino, de ese que no se siente identificado con los desayunos después de misa de 11 en el Pilar, con los pantalones Oxford o no sueña con una motoneta y ropas de nylon?

## LAS CONCLUSIONES

Nos parece que esta es la razón porque son tan desparejas sus conclusiones, y deja ayunos importantes trozos de realidad. Para demostrarlo vamos a repasar algunas de las conclusiones de su estudio de la clase media, ya que no tenemos posibilidad de extendernos más.

Sus reflexiones, quizás las más importantes del trabajo, pues no captó la burguesía y apenas atiende a la clase obrera, se basan en Wright Mills para las valoraciones de conjunto y en Kinsey para su comportamiento sexual. Llama la atención por otra parte la falta de documentación local o de observación anecdótica y personal, tan abundante en Sábato por ejemplo ("Sobre héroes y tumbas"). Pero no sabemos hasta dónde es lícita la transposición de la clase media norteamericana a la Argentina. Es verdad que algunos datos serán similares: su ubicación entre las dos clases directamente comprometidas con la producción y sus tensiones, su dedicación a tareas intermedias de comercialización, servicios profesionales o administración, su tendencia a la estabilidad, su ignorancia de los problemas que muchas veces bordea la ausencia de compromiso. Pero esto es lo propio de las clases medias de toda sociedad capitalista occidental. ¿Y cómo es la Argentina? Quizás olvidó Sebrelí cómo se formó la norteamericana. El salto demográfico lo dio EE. UU. en el siglo pasado, cuando aumenta de 8 a más de 80 millones de habitantes. Eso significa que las actuales generaciones, en bloque, no conocieron a sus antepasados como emigrantes en la lucha descarnada por la vida del proletario o el agricultor. Ven como lo más natural pertenecer a una clase determinada, y olvidaron su origen. Por otro lado es una generación de triunfadores seculares. La revolución por la Independencia y la Constitución dieron ejemplo al mundo. Realizaron la Conquista del Oeste, la Guerra de Secesión y crearon un poderoso estado industrial y democrático que se puso a la



par de las naciones más desarrolladas, y ya en 1850 tenían más kilómetros de vías que todo el mundo. Ganaron dos guerras mundiales, y por su tesón desplazaron de la cabeza de la economía mundial a Gran Bretaña, tomando la delantera. En este momento se siente líder del mundo libre: ¿se puede comprender con estos factores la dosis de seguridad, estabilidad, convicción de la necesidad de guardar el orden que han construido, que será la tónica de clase?

Sebreli no observa nuestra realidad presente y genética, cuando aplica estas conclusiones al pueblo argentino. Un pueblo que llegó a estas tierras de dos millones de habitantes entre el 1869 y el 1895, duplicando la población del país, en ese tiempo en que Buenos Aires tenía dos extranjeros por cada argentino. Que hasta el 14 la vuelve a duplicar, llegando a 8 millones. Y que a la caída de Yrigoyen tendremos de nuevo más del doble de habitantes. Eso significa que nuestra clase media tiene bien presente su origen, y sabe del trabajo proletario de sus padres y abuelos, en su mayoría. Por otro lado está lejos de ser una clase triunfadora. El emigrante no encontró trabajo sino en las actividades intermedias o tuvo que conformarse con ser obrero o arrendatario. Fue desplazado políticamente hasta la subida de Yrigoyen que fracasó en su gestión. Sufrió la crisis de la década del 30. Y no pertenece políticamente a ninguna esperanza, sintiendo la ya larga crisis del país. La feracidad del suelo y la facilidad de vida formaron la clase media. ¿Pero es resentida contra el obrero, como la pinta Sebreli, frente a la promoción que hizo Perón de ellos? ¿Se sintió perdida con el régimen? ¿No tiene ninguna influencia real en el desarrollo del país? ¿Ignora sus problemas? Nos parece que al contrario: su origen la hace populista, partidaria de la justicia social y del progreso, siempre que se realice dentro del orden. Con sus votos subió Yrigoyen, con su apoyo pudo realizar Perón un programa de reformas sociales, y por su

rebelión tuvo que retirarse al imponer medidas dictatoriales. Fue factor importante en el gobierno de Frondizi y decidió la elección de la nueva administración radical. No se siente identificada con los antiguos partidos conservadores fuera de algunas zonas donde han sido progresistas como la defensa de los intereses santafecinos por los demócratas o los liberales de Mendoza. De ellos salen todos los que han repensado la situación del país: Scalabrini, Puiggrós, Palacios, Abelardo Ramos, Sueldo, Frondizi, etc. Ellos representan los factores decisivos de presión, los que han mantenido al país en una constante tendencia hacia el cambio, sin permitir el desastre o la lucha destructora. ¿Se puede medir la influencia del Ejército en la historia argentina, de la Universidad y de la Iglesia, constituidos principalmente por la clase media?

Nos abstenemos de comentar las conclusiones tan infantiles sobre su vida sexual, impulsada por "la represión puritana antisexual que constituye uno de los pilares fundamentales de la sociedad patriarcal burguesa y cristiana" que impide "toda expresión de la alegría de vivir" (p. 76-77). Su misma lectura es la mejor crítica. Lo que no nos impide apreciar la intuición con que termina su reflexión. Ve a la clase media que porque "no representa a nadie puede representarlos a todos" (p. 111), y le asigna una vocación dirigente y revolucionaria frente a las tensiones en pugna. También creemos nosotros que su función es escaparse del círculo de tensiones y prejuicios que azota la dialéctica pendular de la vida social argentina, para buscar una síntesis entre sus mejores intereses y realizar el cambio que clama desde hace tantos años.

#### LA ALIENACION

La posibilidad que tiene el hombre de perderse en las cosas, de negar su horizonte cósmico de valores que de sentido y finalidad a sus acciones y endiosarlas



como fin en sí mismo es el tema fundamental de reflexión antropológica, que nunca ha abandonado la historia del pensamiento humano, y que toda reflexión verdaderamente profunda debe comenzar o terminar enfrentándola. ¿Qué hay en nosotros que nos hace idólatras de aquellos mismos objetos que pensamos un día que nos servirían como instrumentos para realizar nuestro destino? ¿Qué nos hace olvidarnos de los que nos rodean y usarlos como medios de producción? ¿Utilizarlos como factores de poder? ¿Endiosar el dinero, el placer, o el poder y olvidar el horizonte a que debemos servir, las personas, la comunidad, lo trascendente, constituyendo las cosas o a nosotros mismos como fines últimos a que debemos subordinar todo y subordinarnos? ¿Qué nos hace perdernos en las cosas?

Mirceas Eliade ha mostrado que este es el problema central de la antigua mitología Irania o de los Indos. Es también el tema de los libros vedas, de la filosofía zen, de los antiguos profetas judíos que trataban de despertar a su pueblo del engaño en que estaban sumergidos. Lo predicó Buda y lo enseñó Jesús. Y lo mismo repiten muchos pueblos primitivos. Analizan la situación de alienación del hombre sobre la tierra y proponen un camino de salvación, de encuentro y ganancia de sí mismo. Es el "filo de la navaja" o "la puerta estrecha" o "el perderlo todo para salvar su alma" de las filosofías orientales. Los mitos del paso decisivo entre los dos molares que no dejan de machacar, el repetido "camino hacia el centro" o el momento decisivo. Es el encuentro de la salida del laberinto donde el hombre vaga su existencia. La filosofía griega lo retoma con la parábola platónica de la caverna, donde el hombre todavía no ha entrado en contacto con la verdad. Los estoicos y epicúreos lo analizan y proponen distintas soluciones. Lo considerará Plotino, y será el problema central de las "Confesiones" de San Agustín, en el siglo IV. La Edad Media lo verá tratado como

riesgo en la antropología tomista, y el renacimiento tendrá las profundas experiencias de San Juan de la Cruz o la técnica instrospectiva para ponerse en contacto con lo sobrenatural y a su luz destruirla en San Ignacio. Pascal y Goethe la enfrentaron en la Edad Moderna. Fue la obsesión de Nietzsche. Y toda la reflexión existencialista de nuestro siglo, desde Kierkegaard pasando por Heidegger hasta Marcel, Jaspers o Sartre no fue más que un enfrentamiento con esta acuciante realidad. Nuestros tiempos consideran la alienación como el problema central de desintegración de nuestra cultura que hace peligrar toda la herencia occidental: Hammacher, Ortega, Alfred Weber o Schweitzer. Grandes conductores como Gandhi trataron de salvar de ella a su pueblo. Y el mensaje de Mounier de devolver al hombre a su dignidad y verdadera dimensión como única posible opción futura trata de solucionarla.

Pero fue Marx el que enfrentó la alienación desde una nueva perspectiva. Ella depende en gran parte de la estructura socio-económico, del sistema de producción capitalista. Nota Sebrelli, que le impresionaba "el carácter fetichista de las cosas" como magistralmente lo describe en "El Capital". Su ejemplo iluminó a la sociología futura y Max Weber y Durkheim estudiarán la alienación como consecuencia de la estructura socioeconómica después de la guerra del 14. En el "Miedo a la Libertad" lo pensará Fromm en la época fascista. La sociedad contemporánea ha sido estudiada muy profundamente en sus efectos alienatorios por la psicología social con Klages, Lersch y Jung, el proceso sociológico capitalista con Mannheim, la estructura de la sociedad capitalista con "Psicoanálisis del Mundo Contemporáneo" del mismo Fromm y en el análisis de las sociedades autoritarias fascistas o comunistas por el excelente trabajo de Zebedei Barbu.

Un tema tan trascendental no puede recibirse en fórmulas. Tiene el empeci-



namiento de no poder ser desalojado del pensamiento humano, porque es su misma condición que está en juego y corre constante riesgo de perderse. Y un país, o una generación, no puede renunciar a enjuiciar sus alienaciones si desea enfrentar la vida con sinceridad. Es lo que ha intentado Sebrelí, y es un síntoma de que nuestros hombres comienzan a preguntarse por sí mismos. Y no es el acaso que sea un hombre joven el que rompa el fuego, como ya lo hizo Cortázar o Sábato desde otro campo. Nuestra generación no quiere vivir de fórmulas recibidas que ya sabe fracasadas. Se cuestiona a sí misma y cuestiona a los que la rodean. Ya ha emprendido el trabajoso enfrentamiento de conocerse e interpretar la realidad que le tocó vivir.

Sin embargo, este comenzar el camino de Juan José Sebrelí, como todo comienzo, no es más que un tanteo intuitivo que no sabe bien lo que puede descubrir en su camino. Lo hizo con el armamento crítico de una ideología que fue la mejor denuncia de su tiempo, pero no imitó a su maestro, que se informó y aprendió de todos sus contemporáneos. Si Sebrelí hubiera estudiado a los grandes autores que angustiados buscan aflorar las causas de nuestra alienación, quizás hubiera afinado su método de trabajo. Porque esa es la función de una ideología: permitir con una hipótesis una inteligibilidad de la realidad que nos rodea. Pero una ideología mal comprendida o que no ha progresado al ritmo de los tiempos, en vez de descubrirla, nos la puede ocultar en fórmulas hechas. Ya repasamos la insuficiencia del pensamiento de Sebrelí, justamente al enfrentar la realidad contemporánea. Quizás esperamos demasiado de un hombre que comienza su reflexión. Pero no nos muestra la Argentina de hoy, precisamente la cotidiana, y la triste y frustradora alienación en que está sumida. Su método genético nos hacía esperar que quizás comprendiera que la alienación tal como la estamos viviendo es anterior a la formación de las clases. Su origen está en el efecto

destructor de aquel sueño optimista que fue la estructuración del país en el capitalismo liberal. Habría que sondear cómo las grandes inmigraciones y la concentración urbana, hacen cortar los lazos del pueblo que lo mantenían integrado en un mundo de valores, y le enseñaban el "para qué" de su libertad, de su trabajo, de su política, de su ser y de su existir. Y que en vez de todos los antiguos valores aprendió que lo único por lo que vale jugar la existencia es el dinero y el éxito económico. Que ese gusano disgregador convirtió una clase dirigente y sacrificada en triste oligarquía. Que la defensa fue el reclamo de una clase media que buscaba participar en el poder político y en la dignidad personal. Que la inseguridad y la frustración de la capacidad de dominio sobre el mundo material y de los valores espirituales, cohesionaron la clase obrera, la hicieron buscar un líder que le enseñara esos valores y les devolviera esa tierra firme perdida que necesitaba su existencia. Y que hoy, en la cotidianeidad de las acciones banales, los hombres siguen sin ser libres, sin descubrir el "para qué" de su libertad, sin reconocer la comunidad, sin tener espacio para la adoración de lo trascendente que les dé el sentido de las cosas, de los demás y de sí mismo y les permita recuperar la dignidad perdida. Sebrelí se quedó con una crítica a la alienación de 80 años atrás en un mundo europeo. Pero hizo el intento. Y por ello no podemos menos de alentarnos.

Porque la insuficiencia de "Vida Cotidiana y Alienación" nos hace dar cuenta del vacío intelectual en que estamos viviendo. Si notamos en Sebrelí insuficiencia de método de reflexión por lo que no puede descubrir la realidad, captamos la orfandad de cabezas pensantes y comprometidas en que vivimos. Todavía no hubo una generación que enfrentara el país y nos diagnosticara lo que realmente somos. No hemos sabido imitar la frenética actividad estudiosa y discutidora de Alberdi, Echeverría, Sarmiento o Her-

nández en su tiempo. Vivimos universidades que nos dan técnicos y peritos, pero no nos dan hombres. Quizás ellas también contribuyan a alienarlos, a perderlos en las cosas, no lo sé. Pero ciertamente no les enseñan a conocer el mundo real en que viven y no los forman para el ser-

vicio real a la comunidad. Y mientras las clases dirigentes estén ayunas de compromiso, debemos felicitarnos que haya jóvenes inquietos que hayan comenzado la reflexión, susciten la polémica o el diálogo y nos inciten a encontrarnos con nosotros mismos. ◆

## cine

### dedos de oro

ELSA RISSO ●

**T**ODA la serie de films que protagoniza el singular agente 007, James Bond, goza de un enorme éxito popular que comenzó con "El satánico Doctor No", continuó con ritmo creciente con "De Rusia con amor" y culmina ahora con "Dedos de oro" (adaptaciones todas de las novelas de Ian Fleming).

Es interesante analizar las razones de este éxito, especialmente con referencia al último de los films señalados. El tema en sí es simplísimo: narra la incansable persecución de James Bond a Goldfinger (Dedos de oro), poseedor de enormes cantidades de oro y cuya maníaca y enfermiza obsesión es aumentar constantemente el valor de las mismas, sin reparar en los medios que utiliza para lograrlo. Su ambición es aprovechada por los comunistas chinos, que lo secundan en el planeamiento y realización de lo que Goldfinger llama el "Gran golpe": un grandioso asalto a Fort Knox, pequeña ciudad en cuyo banco superblindado y custodiado, se encuentra el tesoro en

oro de los Estados Unidos. El proyecto consistía en hacer explotar una pequeña bomba en el interior de dicho banco, a raíz de lo cual el precioso metal quedaría inutilizado por la radiactividad durante cincuenta y ocho años, provocándose así la crisis económica de occidente y el consiguiente incremento del valor de la fortuna de Goldfinger. Este es secundado por Oddjob, un siniestro guardaespaldas, mudo e impasible, dotado de una fuerza descomunal y de una invulnerabilidad física inhumana. También lo acompaña una mujer, adiestrada de un equipo femenino de acrobacia aérea, insensible al amor y a cualquier otro sentimiento, y cuya máxima aspiración es enriquecerse para retirarse a vivir en la soledad más absoluta.

El esquema básico en el que se apoya la acción es elemental: la eterna lucha entre el bien y el mal; el mal representado a través de dos formas distintas de sadismo, el aspecto cerebral, refinado y maquiavélico, en Goldfinger, y su realización práctica y concreta en la crueldad indiscriminada y el violento impulso destructivo de Oddjob, que parecen tener origen en su esencia misma y no en alguna razón definida.

James Bond representa a su vez una nueva edición del héroe tradicional, dotado de una fuerza invencible y de un ingenio portentoso, que le permiten superar los innumerables escollos y acechanzas que constantemente le ponen el destino y sus enemigos. Tal tipo de personaje no es en absoluto una creación